

THE HORUS HERESY®

*Chris Wraight*

# EL SENDERO DEL CIELO

*Resistiendo a la tormenta*



timunmas



THE HORUS HERESY®

EL SENDERO  
DEL CIELO

Chris Wraight

timun**mas**

Título original: *The Path of Heaven*

Traducción: Traducciones imposibles, 2018

*The Path of Heaven* © Copyright Games Workshop Limited 2017.

The Path of Heaven, El sendero del cielo, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2016 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0607-8

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B. 25.561-2018

Impreso en España

*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## UNO

Podrían pasar mil años y su espada jamás perdería su fascinación.

Con la mirada, recorrió el filo de la hoja, observando cómo el metal lanzaba destellos de luz. Su espada se había empapado de todo tipo de sangre, tanto humana como xenos, aunque en esos momentos estaba inmaculada, sin ningún rasguño, tan limpia como el día en el que había abandonado el abrasador calor de la fragua. Durante doscientos años, la había cuidado como una madre cuida de su hijo; la había restaurado, respetado y la había devuelto a su vaina, adornada con anillos de ébano, bendiciendo el alma del arma que jamás le había fallado.

Entonces, en esos momentos, la encendió de nuevo y observó cómo el brillo del lumen recorría el acero prensado de la hoja. La curva poco profunda de la espada estaba inmaculada, y en ella no podía verse ni siquiera una sola muesca que denotase los años de servicio que arrastraba.

La sostuvo con delicadeza, sin apretar demasiado, mientras se sustentaba en el peso del arma para mantenerla en equilibrio entre las manos. Había luchado contra los xenos eldar en un mundo donde las piedras cantaban y el cielo chillaba y, desde entonces, recordaba cómo habían luchado esos guerreros. La velocidad y la precisión de esos seres habían superado a las de sus hermanos y, desde esa batalla, ese hecho le molestaba, pues su legión apreciaba dichas cualidades. Así que había aprendido, estudiado y aumentado su destreza; y cada hora que había pasado en las jaulas de entrenamiento traía consigo una pizca de mejora, aunque sabía a ciencia cierta que jamás sería suficiente.

De todas formas, los días en los que se enfrentaba a los xenos se habían acabado. La guerra había cambiado y se esperaba que pusiese a prueba el filo de su espada contra aquellos a los que, en el pasado, había llamado compatriotas. Al principio, le había resultado complicado, pero, en esos momentos, lo hacía sin pensar, de forma automática. La hoja de su arma aún hacía cortes igual de profundos sin mayor problema, y había aprendido a encontrar la dura belleza en el hecho de matar a sus antiguos compañeros.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el lumen que colgaba encima de su litera de metal empezó a titilar tenuemente y el hombre desvió la mirada de su espada. Sabía sin tener que comprobar la runa identificativa de dónde provenía el mensaje: solo el comandante de la nave se atrevería a contactar con él durante las horas destinadas a la meditación.

—¿Sí? —preguntó, mientras guardaba la espada en su vaina.

—*Señor, discúlpame.* —Se escuchó la voz de Harkian, el capitán del *Soberano*—. *El escrutador del futuro ha detectado unas estelas de disformidad que se aproximan. Solicitamos tu activación.*

Antes de que el hombre hubiese acabado de hablar, Ravasch Cario, prefecto de los Espadas Palatinas de la III Legión, ya había cogido su casco. El objeto de ceramita estaba laqueado en tonos morados y azules, con rayas de incrustaciones de oro y recamado con platino; pero, al contrario que el de muchos de sus hermanos, su yelmo todavía no estaba profanado. Quizá llegaría el momento de hacerlo, pero aún no; no mientras todavía tuviese que llegar a ser lo más rápido y preciso que su cuerpo le permitiese ser.

—¿Y qué ha predicho? —preguntó Cario, mientras se acercaba a la puerta de la sala de meditación.

—*Algo desconocido* —respondió Harkian—. *Aunque lo más probable es que sea...*

—El Halcón Guerrero —terminó Cario y salió a zancadas de la sala hacia el pasillo en el mismo momento en el que colocaba el cierre de atmósfera del casco en su sitio—. Bien. Pues volvemos a empezar.

El grupo de batalla Joya Fragmentada volvió a entrar en el espacio real y, tras su paso, dejó una estela de brillante interferencia molecular por el vacío. Las escoltas de la flota formada se adelantaron a toda prisa, como las puntas de unas lanzas tras ser arrojadas, y giraban mientras los motores de plasma se conectaban a máxima potencia. El centro de la línea de

batalla se adentró en el reino físico que dejaban a su paso, mientras los escudos de vacío se deslizaban por los flancos llenos de artillería pesada.

Cada una de las naves de esa flotilla estaba en un estado diferente de transición: algunas naves de guerra lucían casi como en los inicios de la Gran Cruzada; otras, en cambio, estaban irreconocibles. En las naves que más habían cambiado, las regalas estaban engalanadas con unas gárgolas doradas con el cuerpo retorcido, los tubos de ventilación estaban grabados con una filigrana de platino forjada con formas perturbadoras y los paneles de las afiladas proas con forma de reja de arado estaban llenas de una recopilación de efigies de tortura carnal. Las torres de mando habían sufrido los mayores cambios, con unos puentes de cristal que cruzaban los pináculos y unas energías arcanas que serpenteaban por los álabes de comunicación.

En el puente del crucero principal de la flotilla, un clase Avenger ya curtido en batalla, llamado el *Raptor*, Azael Konenos, el cónsul de la legión y orquestador, se acomodó en el trono de mando y analizó las runas de ubicación que llegaban. A su alrededor, el clamor del puente se convirtió en una niebla de susurros apagados. Tenía los órganos auditivos fundidos, derretidos y retorcidos entre sí, le sobresalían del cuello y se le hinchaban por la parte superior de la espalda y, con ellos, era capaz de apreciar una gama de sonidos mucho más amplia que antes. Pero el precio por acceder a ese espectro mejorado era un empobrecimiento dentro de las frecuencias normales.

—Confirmad esto —ordenó Konenos con su voz metálica, que se filtraba por los tubos enrollados que le perforaban la garganta desde Istvan III.

—Una buena cacería —respondió su vexillarius, Galian Erato, que se encontraba a pocos metros del trono y contemplaba con mucha atención las filas de pantallas de datos con los bordes de bronce.

Erato era hermoso, incluso entre una legión que siempre se había considerado hermosa. Era alto y esbelto, con la piel bronceada con un tono dorado y el pelo blanco como los huesos. Desde la batida por Halliadh Togaht, se había aficionado a trazar unos patrones de costuras en su carne expuesta con un alambre negro de sufrimiento. Las suturas le cruzaban las mejillas y la frente y, cada cierto tiempo, se encendían en un color rojo apagado cuando se producían unos impulsos aleatorios de dolor.

Todos y cada uno de los seres que estaban en el puente, ya fuesen miembros de la legión o uno de los cientos de los siervos mortales y los servidores que la servían, habían sido modificados y mejorados. Les

habían arrugado y desgarrado la piel; la habían tensado o se la habían echado hacia atrás; había enrojecido y se había vuelto áspera; los habían despellejado y salpicado con joyas de un rojo sangre desteñido. Los conabidos gritos que llegaban de las cubiertas inferiores interrumpían sin cesar el grave zumbido de los motores principales de la nave, y marcaban el ascenso desde el empiéreo.

Erato lanzó una serie de hololitos hacia el puente de proa, que colisionó con las tiras de datos astropáticos que farfullaban los visionarios de las estrellas que estaban encadenados.

—Noticias del *Soberano* —informó Erato—. Han fijado sus objetivos y avanzan para entablar batalla. Les he dicho que se mantengan en sus posiciones pero, aun así, se mueven.

—Cómo no —murmuró Konenos—. ¿Qué más?

Erato frunció los labios, y los puntos de sutura se le amontonaron en la comisura de la boca.

—Tres formaciones que se aproximan se acercan a toda velocidad hacia el convoy Memnos.

Konenos se recostó sobre el trono. El frente de guerra de la III Legión había alcanzado una amplitud fuera de toda lógica; se extendía en un arco gigante por el plano galáctico desde Taras hasta Morox. El reabastecimiento ya no llegaba de forma regular, asolado por las pérdidas en la disformidad y por los contraataques de fragmentos de las legiones leales que todavía quedaban en pie para defender los límites de su Imperio, que cada vez se hacían más pequeños. Los convoyes de cargueros pesados habían sido el blanco de los ataques en repetidas ocasiones; saqueaban las naves o las destruían, con lo que retrasaban el implacable viaje hacia el Trono del Mundo y alejaban las unidades de combate de la vanguardia.

Podría haber sido cualquier cantidad de atacantes. Podrían haber sido los restos de las legiones que habían destrozado en Isstvan. Podrían haber sido los miembros del Ejército Imperial, que todavía era tan amplio que quedaban millones de integrantes con vida, a pesar de los más de cuatro años de incesante matanza selectiva. Podrían haber sido xenos, aunque bien pocos de esos degenerados seres seguían con vida.

—Es él —dijo Konenos.

—Sí. —Coincidió Erato.

Jaghatai. Durante muchos años, los White Scars habían sido una legión irrelevante, un enemigo del que acordarse mientras uno se embarcaba en acciones más importantes. Sin embargo, en esos momentos, con el poder de Ultramar retenido tras la fractura galáctica de la Tormenta de Ruina y

los pretorianos de Dorn acorralados en las fortificaciones de su señor, la V Legión, a la que nadie hacía caso, era la única con la cantidad de legionarios suficientes para interrumpir el ataque principal del señor de la guerra.

—¿Has analizado el ataque? —preguntó Konenos.

—Sí, pero... —Vaciló Erato.

—El convoy no es el objetivo.

Erato inclinó la cabeza, en un gesto para expresar su conformidad con el cónsul, y Konenos acabó distrayéndose con los dibujos hechos por el alambre que atravesaban la piel bronceada del vexillarius. Konenos había presenciado cómo Erato hacía pedazos a sus enemigos solo con la energía de los sonidos, y la muerte en medio de semejante torbellino de sonido afinado divinamente era algo digno de contemplar.

—Primero los atacarán a ellos —aseguró Erato, con los amables ojos fijos en los hololitos—. Atacarán el convoy, pero solo lo harán para que dejemos nuestras posiciones. Intentan reunir a la flota y alejarla del lugar en el que de verdad quieren hacernos daño.

—¿Y cuál sería el objetivo real?

Erato esbozó una sonrisa.

—Orquestador, hay como cien posibles. ¿Quieres que elija uno al azar?

—Será evidente. Los trucos del Halcón están desfasados. Comunícale a *Soberano* que enviaremos tres destructores a su posición. Si desean conservar el convoy Memnos, lo dejo a su elección, pero no implicaré en la lucha a una fuerza mayor hasta que no conozcamos las verdaderas intenciones de nuestro enemigo.

Erato se inclinó.

—Y, entonces..., ¿le informamos?

Konenos se levantó del trono y notó el tirón de los punzantes clavos que le habían incrustado debajo de cada costilla de su caja torácica fundida.

—Sí, ahora —dijo—. Nunca es buena idea hacer esperar al Alma Rota.

La nave era la *Corazón Orgullosa* y, antaño, había hecho honor a su nombre. En realidad, su comandante jamás había renunciado a la reputación que proclamaba su nombre, ni siquiera al morir, lo que ya no era un obstáculo tan insalvable para seguir prestando sus servicios a la legión como había sido en el pasado.

Los flancos de la nave también habían experimentado unos cambios profundos, como cualquier otra embarcación de guerra de la III Legión, y la nave surcaba con un color semejante al del petróleo vertido. El casco era gigantesco: la carcasa de una nave de clase Dictatus, adornada con

artillería con puntas de plata y que atravesaba el abismo gracias al impulso de unas antiguas calderas que funcionaban como motores. Las cicatrices de cientos de campañas todavía podían observarse en los flancos de cantos dorados: Jhoviana, Apt var Aption, la Nebulosa Dalinita, Laeran, Muerte, Isstvan III, Isstvan V... Antes, grandes ejércitos de drones de vacío habrían eliminado las quemaduras del plasma y los impactos de balas sólidas del blindaje de adamantium de la nave después de las batallas; pero todo había cambiado: las quemaduras y los impactos permanecían intactos, se resaltaban, y los grupos de esclavos artesanos que trabajaban para la legión los convertían en adornos. Años de guerra que se rememoraban en un enorme lienzo de metal.

En los pasillos del interior del armazón exterior de la *Corazón Orgulloso* resonaban nuevos sonidos. Sin cesar, de las entrañas de la nave resonaban unos gritos desenfrenados, que se filtraban y se dirigían a través de los haces de tránsito hasta llegar a las elevadas alturas. Las filas de procesadores auditivos recomprimían y reajustaban cada chillido hasta que las paredes temblaban por las capas superpuestas de angustias organizadas. Los paneles reflectantes del interior de la nave estaban manchados con surcos de sangre que no se limpiaban, sino que se dejaban allí hasta que el líquido se oscurecía, iluminado por unas lámparas de papel, alambre y nácar que flotaban del techo. No se eliminaba nada, todo se saboreaba, se iluminaba.

En el pasado, la *Corazón Orgulloso* había sido idéntica al resto de las naves imperiales. Había seguido un ciclo diario y nocturno basado en el horario del mundo natal de la legión; así, habían conseguido llevar un equilibrio de luz y oscuridad a la inmensidad de la ciudad en el espacio. Pero, por aquel entonces, los lúmenes jamás se apagaban y el clamor de un día eterno nunca se apaciguaba. A los sirvientes se les cosieron los párpados y se les extirparon las orejas para evitar que se volvieresen locos por el eterno resplandor de toda la nave, aunque, a pesar de las medidas tomadas, algunos sucumbían a él. Aquellos que caían en la luz de la *Corazón Orgulloso* eran reemplazados por seres análogos mejorados en tanques, formados desde el embrión para resistir la cacofonía, la extravagancia, el terror...

Entre esa horda de deformes seres se encontraban los vestigios de los propios Emperor's Children, antaño, la legión más inmaculada de todas, pero también los más arrogantes de todos. Habían depurado sus filas de legionarios indecisos en los sangrientos campos de Isstvan III y, en esos momentos, entre ellos solo se encontraban los devotos, los hermanos que

habían adoptado el nuevo sendero, quienes gozaban en él, quienes se esforzaban por conseguir el éxito con todo el fanatismo que en el pasado habían reservado para la precisión marcial.

Todo lo que habían perdido en dignidad lo habían ganado en energía conseguida por el dolor. Los dones llegaron con la mutilación, unos cambios que, en el pasado, habrían rehuido pero que habían convertido dichos cambios en el medio para conseguir una letalidad mayor. Su armadura se había deformado; las grietas y las burbujas se habían generado cuando la carne y el hierro que llevaban dentro de ellos se habían retorcido para adquirir nuevas formas. Juguetearon con su sagrada arquitectura genética y se sometieron de buena gana a los bisturíes de sus apotecarios quienes, a cambio, se habían convertido en las mejores eminencias de entre los suyos: unos prestigiosos artistas de la carne, que imponían el poder a la vida, la muerte y el resto de los estados que existían entre una y otra y más allá de ambas.

Para Von Kalda, un apotecario que, además, era el palafrenero del lord comandante primus Eidolon, su ascenso tenía su lado bueno y su lado malo. Con grandes zancadas, salió de las antecámaras situadas bajo el puente de la *Corazón Orgullosa* y subió por la serpenteante escalera de piedra cristalina. Todavía le relucían los dedos empapados de las camillas, pegajosos bajo la película interna de sus guanteletes de batalla. La armadura que llevaba puesta conservaba el brillo marfileño de su antiguo orden, aunque además estaba lacada con un tono morado. Mientras avanzaba, mantuvo el rostro fruncido por la concentración, si bien sus facciones eran extrañamente aniñadas; iba ensimismado en la única tarea (la sagrada tarea) que se había impuesto mientras sumergía el brazo hasta el codo en las entrañas de sus pacientes.

Y, aun así, cuando el Alma Rota exigía su atención, uno no podía hacer caso omiso de la llamada del lord comandante. Von Kalda llegó hasta el final de la escalera y atravesó un atrio de cristal rodeado de bruñidas imágenes de serpientes y águilas inexpresivas. Delante de él, sin apenas hacer ruido, se abrieron las puertas que daban al santuario del lord comandante.

Al atravesar las puertas, se halló en una estancia envuelta en un manto de sombras que no dejaban de moverse, iluminadas por unas lámparas con vetas azules que flotaban en el aire sobre unos cojines antigravedad, sin producir sonido alguno. Los mamparos de metal chirriaban y se combaban como si estuviesen en mitad de una fuerte ventisca, aunque no corría ni una pizca de brisa en esa atmósfera filtrada. La *Corazón*

*Orgullosa* ya no era solo el hogar de unas almas mortales, y los ecos de los habitantes del empíreo resonaban y se deslizaban entre susurros por cada grieta y cada hueco.

Como todos los tripulantes de la nave, el Alma Rota había pasado un largo período de cambios continuos. Estaba sentado en un trono de bronce líquido que se había mezclado con su corpulento cuerpo, ataviado con su armadura. El lord comandante primus había rechazado llevar una gorguera y un yelmo, con lo que dejaba a la vista la larga cicatriz que le atravesaba el cuello y que parecía lucir como una muestra de fortaleza. Para muchos de los legionarios, el hecho de que fuese asesinado (ni más ni menos que por el primarca) y que, después, por orden del propio verdugo, fuese resucitado era un símbolo de los nuevos dones que se habían ganado con tanto esfuerzo. Eidolon era el primero de los inmortales, el primero de todos aquellos que demostraban que la muerte y la vida eran simples facetas de una existencia más profundas.

Al principio se había ganado el apodo de «el Renacido». Pero no pasó mucho tiempo hasta que ese nombre se quedó corto a la hora de describir al lord comandante.

Desde su asiento en el trono, miró hacia abajo, con la mirada apagada y el semblante apático propio de la aristocracia chemosiana. Cada mirada y cada gesto rezumaban propiedad, esa clase de superioridad llena de codicia que no admitía ningún tipo de discusión o desacuerdo. Esa cualidad todavía contaba mucho para lo que quedaba de la jerarquía militar de la III Legión, aunque muchos, de entre los que Lucius quizá fuese el más destacado, se la habían tomado con un desprecio cuyo origen radicaba en la ambición.

Von Kalda no tenía ni la menor idea de por qué habían resucitado a Eidolon. Quizá fuese un capricho fruto del aburrimiento de un dios recién proclamado. Fuese cual fuese la razón, el lord comandante primus no se había quedado mucho tiempo al lado de Fulgrim y se había llevado a casi un tercio de todos los miembros de la legión con él, bajo su mando, sin mostrar ningún indicio de que seguía las órdenes de alguien que no fuese él mismo. Así estaban las cosas en ese momento: una galaxia en la que las lealtades eran confusas y se solapaban, ofuscadas por el clamor de la disformidad y la imposibilidad de entablar comunicaciones a largo alcance. Todos estaban luchando entre tinieblas, abriéndose paso hacia Terra como unos ciegos desperdigados por el viento.

—Konenos se ha puesto en contacto con nosotros—informó Eidolon mientras le lanzaba una mirada lánguida a Von Kalda desde su asiento

elevado. Tenía la voz áspera, todavía tensa allí donde le habían cortado la garganta.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó Von Kalda, con una reverencia con gran ceremonia.

—El convoy Memnos ha atraído unas estelas de disformidad. Van a atacarlos.

—¿Nos pide naves?

—No. —A Eidolon le habían reemplazado los iris por unas joyas iridiscentes y en esos momentos se habían encendido con un brillo de entusiasmo táctico—. Ha interpretado bien la situación. Apesta a barbarie.

Mientras hablaba, una pila de sueños plateada se deslizó desde la cubierta revestida de mármol. Von Kalda retrocedió un par de pasos y permitió que una columna de huesos de cinco metros de ancho y con un enrejado incrustado se elevase hasta alcanzar toda su altura. Unas suaves olas se empezaron a formar en la superficie del agua y un débil silbido resonó por la estancia del Trono.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que tuvimos la oportunidad de echarle las manos al cuello —aseguró Eidolon, arrastrando las palabras mientras observaba los suaves movimientos de la superficie del agua.

La pila de sueños era la última adquisición a su arsenal de artefactos arcanos. Habían ahogado a astrópatas y a psíquicos poseídos por demonios en la máquina, y así sus visiones se habían quedado encerradas en las aguas. En ese momento, solo reflejaba los sueños de las almas que perdieron la vida en su interior y, cuando el agua rompía a hervir, expulsaba sus desesperadas pesadillas.

—No podemos fiarnos de este aparato, señor —advirtió Von Kalda.

—Tienes razón. Pero ¿de qué podemos fiarnos?

El agua se desbordó por los bordes de la pila y se formó un poco de espuma mientras un torrente de agua caía en cascada entre los pedacitos de hueso. La luz que se reflejaba en el agua se desvió hacia las alturas de la sala, ondulando como si de gas metano se tratase. El silbido sonó con más fuerza y a él se unieron los agonizantes ecos de los ahogados.

Al cabo de unos segundos, llegaron las imágenes. Von Kalda presenció las fantasmagóricas esferas de planetas que ellos mismos habían calcinado, así como los ejércitos que habían reducido a polvo y cenizas. Por unos instantes, aparecieron en primer plano unos sigilos: el dibujo enmarañado de Ghorentes, el mundo forja; los galones de la Casa Praster; el sinfín de imágenes de los regimientos del Ejército Imperial, todos ellos

destruidos. Ante sus ojos se amontonaban ciudades, sistemas planetarios, instalaciones ubicadas en las profundidades del vacío, muelles de varias flotas... todo en ruinas, reducido a cenizas por el progreso inexorable del señor de la guerra y sus hermanos.

—Dime, ¿qué sientes cuando ves todo esto? —preguntó Eidolon. El tono mustio y atrofiado de su voz provocaba que sonase más como una máquina que como un ser vivo.

—Solo siento orgullo —contestó Von Kalda—. Antes de que llegue el fin, tendremos más oportunidades como esas.

Eidolon le lanzó una mirada punzante.

—Y Terra es la prueba de fuego. Fabius ya ha elaborado los experimentos para cuando llegue el momento. Los he visto.

Von Kalda no preguntó cómo lo había hecho ni tampoco qué había planeado el apotecario general de la legión. Por el momento, Fabius seguía junto al primarca, quien estaba muy lejos de allí, en silencio y rodeado por la furia de la disformidad. En cambio, Von Kalda, que tenía sus propios planes, se concentró en las imágenes de la pila de sueños, consciente de que Eidolon había puesto toda su fe en el artefacto, aunque él no lo hiciese. Tantas almas de tantos videntes atrapadas: la máquina podría darles cierta información, aunque lo que les contase no mereciese ser llamado «verdad».

—Tenemos un universo infinito para trastocar —murmuró el apotecario— y, aun así, ¿nos aferramos a ese objetivo? Terra, el Trono del Mundo... es lo único que importa.

La ondulante luz de la pila de sueños iluminó el altivo rostro lleno de cicatrices de Eidolon.

—Es que Terra lo es todo, hermano —afirmó—. Procedemos de Terra, regresamos a Terra. —Se le contrajo la mejilla y dejó al descubierto la tirante maraña de nervios que Fabius había recolocado y curado con mucho esmero—: Y, además, estamos cambiando. Pronto, nuestros placeres nos dominarán. Tenemos que aprovechar mientras seamos capaces de recordar cómo organizar una legión.

Las visiones de la pila de sueños se intensificaron. Del éter emergieron más planetas, muchos de ellos envueltos en frías llamas plateadas. Von Kalda vio los mundos que acababan de conquistar para el señor de la guerra: Lermia, Erwa, Nha, Goball, Herevail, Mhoreb X... Las esferas de los planetas trazaron una línea dispersa por el vacío físico, un collar de brasas colocadas en una estela que giraba en el sentido de rotación de la galaxia. En esos momentos, el grueso de la batalla se encontraba en el oeste de la

galaxia, en el borde más alejado del gran frente de Horus. Unas fuerzas más grandes se acercaron al centro y acabaron con todo a su paso bajo las órdenes del propio señor de la guerra.

—El convoy Memnos... —dijo Eidolon, con los ojos entrecerrados—. ¿A quién abastece?

—Al estrecho de Gheist. Los pertrechos, las tropas, las provisiones. El dominio del estrecho no está garantizado, cayó hace apenas unos dos meses terranos. Si las provisiones no llegan...

—En ese caso, no perderemos nada de gran importancia —lo interrumpió Eidolon—. Los ataques darán de lleno en los cargueros de forraje, lo que provocará una respuesta y, entonces, elegirán el verdadero objetivo. Pero ¿cuál será? ¿Dónde quieren que cedamos?

Había más de una docena de mundos con guarniciones de la legión a su alrededor, un centenar de fortalezas armadas, veinte frentes de batalla a la vista... y todos y cada uno de ellos tenían su propio valor estratégico.

Von Kalda no encontró ninguna pauta de comportamiento. Podrían responder a sus enemigos si perdían el dominio del estrecho, y necesitarían muy pocos efectivos de las regiones circundantes para ello. Podría ser un movimiento simbólico: una señal reveladora de que se enfrentaban a un enemigo que se estaba quedando sin recursos.

—Piensa en nuestro enemigo —aconsejó Eidolon—. Piensa en sus puntos fuertes y en sus puntos débiles.

—El Halcón Guerrero —respondió Von Kalda.

—Solo queda él. ¿Cuál es su posición?

—Se han dispersado. Los strategos han registrado diecinueve ataques en tres meses, y trece de ellos han sido repelidos. El número total de pérdidas les habrá afectado. No me cabe la menor duda de que se está preparando para un ataque final.

—Un ataque en el que se enfrentaría a cuatro legiones y no tiene los efectivos necesarios para enfrentarse a más de una. Si fuese el Khan, estaría buscando una salida.

—Pero el Khan no huirá.

—Tendrá que hacerlo. Desea ver Terra antes de que llegue el fin, como todos nosotros. —Eidolon juntó las yemas de los dedos. Von Kalda se dio cuenta de que la vieja mente todavía estaba activa y que no se había visto empañada por los cambios físicos que Fabius había llevado a cabo en el lord comandante—. El Khan conoce la verdad, aunque tú no; todo se decidirá en el Palacio, y no se arriesgará a acabar flotando a la deriva mientras nosotros echamos abajo los muros. Necesita virar ya, escapar

de nuestras redes. Mira el vacío a través de sus ojos, apotecario. Mira lo que él ve.

Von Kalda volvió a la pila de sueños. Vio los canales de la disformidad, los senderos que residían en los recuerdos robados de los navegantes ahogados. Vio la distribución de las fuerzas del señor de la guerra: rodeaban la zona, la aislaban y dominaban las líneas de retirada. Los batallones de Eidolon no habían sido los únicos cazadores que habían intentado acabar con los White Scars; mil salientes que sobresalían en el vacío y que cubrían todos los caminos por el turbulento éter. Todos tenían una orden permanente: eliminar la amenaza de los flancos, despejar el camino hacia el Sistema Solar y precipitar la llegada del fin.

—Kalium —dijo Von Kalda al fin—. Lo intentará por la Puerta de Kalium.

—Cuéntame por qué —respondió Eidolon, arqueando una ceja llena de puntos.

—El convoy Memnos se halla bien resguardado en espacio conquistado. Su pérdida atraerá las fuerzas de tres sectores de las líneas de avance. Si los incita lo suficiente, eso debilitará el sector Garmartes, pero el Khan no atacará esa región, pues ahora mismo es una zona devastada y carece de valor, tanto para él como para nosotros. Pero quizá utilice el margen de Garmartes para abrirse camino bajo el plano galáctico. Si se mueven en tropel, pueden hacerse con el control del Sistema Kalium; así, la Puerta de Kalium, que no se ha visto afectada por la tormenta, les quedará a tiro. Si es capaz de hacerse con el subsector antes de que reaccionemos, habrá conseguido su camino de vuelta a casa.

Eidolon asintió lentamente. La pila de sueños borboteó, como si le diese la enhorabuena por su razonamiento.

—Bien. Pero, aun así, no son más que falsas esperanzas, pues la Puerta no se puede forzar; Perturabo rompió sus cimientos y, ahora, las tormentas braman con la misma furia que en el resto de los sectores de la galaxia. —Eidolon resolló profundamente, lo que provocó que las suturas que le recorrían la garganta se curvasen—. Pero el Khan no puede saberlo. Hace el amago y, con él, espera que nos lancemos tras ellos hacia Memnos y, así, les dejamos el camino libre hacia Kalium.

El lord comandante primus se levantó del trono y se irguió todo lo que su encorvada espalda le permitió. En el pasado, los movimientos de Eidolon habían sido fluidos pero, en esos momentos, eran los movimientos propios de un anciano; las toxinas que lo mantenían con vida y que le corrían por el maltrecho cuerpo lo habían convertido en un

hombre vacilante. Su voz era lo único que le daba un aire letal: los hinchados implantes augméticos auditivos y los abultados sacos laríngeos que podían desatar los huracanes de sonido del lord comandante, capaces de desgarrar la carne.

Von Kalda lo miró con una especie de desprecio lleno de fascinación. Nada le habría gustado más que tener a su señor bajo sus bisturíes, poder hurgar en las cicatrices que le habían quedado tras la resurrección y descubrir los secretos que habían creado un monstruo de tal magnificencia. Semejante paciente no haría sino mejorar la visión que el apotecario ya tenía, pero era imposible. Quizá algún día, cuando se hubiese acabado la guerra y tuviese tiempo para hacerlo... Pero, por el momento, no hizo más que inclinarse a modo de reverencia.

—Reúne a la flota y avisa a Konenos —ordenó Eidolon, y bajó cojeando los escalones de la tarima del trono hasta el suelo de la sala—. Envía una fuerza simbólica para ayudar al *Soberano* y, después, ordena que el resto de los efectivos se reúna en la sombra de los sensores de la Puerta. En cuanto nuestros hermanos se unan a nosotros, nos dirigiremos a Kalium.

—A tus órdenes. —Von Kalda siguió a Eidolon con la mirada en sus elegantes pasos procesionales—. Y, si me permites la pregunta..., ¿el primarca?

Eidolon lo observó y esbozó una sonrisa falsa.

—Si consigues localizar a nuestro querido Padre, entonces infórmale, por supuesto. Quizá si atrapamos al Khan la noticia consiga apartarle de sus satisfacciones, aunque lo dudo. —Avanzó cojeando; era evidente que seguía atormentado por el dolor de su transformación—. Llegará el día en el que no estemos limitados por la voluntad de esos dioses infantiles. Por el momento, tenemos que hacer lo que se nos ha enseñado: llevar adelante sus guerras y fingir que somos los dueños de nuestro propio destino.

Sus botas, ribeteadas con oro, arañaron el suelo de mármol cuando el lord comandante arrastró los pies por la sala.

—Qué bromas pesadas nos gasta el universo a todos nosotros —aseguró Eidolon con voz áspera—. Y a qué tontos elije para ello.

En el carguero pesado *Terce Falion*, la nave principal del convoy Memnos de la III Legión, que se hallaba en las profundidades del vacío, la capitana Eleanor Kulba se abrió paso hacia el puente de observación. Un servidor alzador pasó por su lado, bufando como un idiota a través de la

protección de hierro que le cubría la mandíbula. Llegó hasta las puertas y aporreó el panel de acceso. Antes de que los pistones por fin cediesen, los elementos electrónicos de las puertas hicieron clic dos veces y el metal oxidado se abrió de par en par.

Fael Alobus, su segundo al mando, la esperaba al otro lado de las puertas, junto al navegante Cavelli, vestido de negro. Tras ellos, el bajo techo curvo del puente del *Terce Falion* se extendía hacia las hileras de ventanas de visualización de cristal blindado.

—Caballeros —los saludó, con un tono seco—, seguidme.

Los tres bajaron por la pasarela principal: una estrecha recta de metal prensado que colgaba por encima de unos fosos plagados de los miembros de la tripulación del puente haciendo su trabajo. El lugar apestaba a corrosión, sudor humano y lubricante para máquinas. Delante de ellos, el vacío los observaba a través de las principales filas de visores reales.

Kulba odiaba esas vistas. La mayoría de las veces se quedaba en la parte interna de la corteza del casco del carguero pesado y evitaba mirar al infinito vacío que se había convertido en la maldición con la que tenía que cargar. Nunca había querido navegar por el vacío, pero cuando la Gran Cruzada había acabado con todos los recursos de cada mundo del floreciente Imperio y había despojado de todo a los planetas con cierto grado de capacidad o inteligencia, al final las llamadas la habían encontrado y los agentes del Administratum le habían dejado bien claro qué destino le aguardaba.

Y, para colmo de males, Kulba había descubierto que se le daba bien. Pilotar un carguero pesado no era una destreza muy común, una mezcla entre la gestión de la nave y el filibusterismo. Kulba era dura, poseía un saludable abrigo de grasa, siempre estaba enfadada... Todas esas cualidades la habían ayudado en las flotas auxiliares del Ejército Imperial durante sus viajes por las estrellas.

Pero, claro, el antiguo Ejército y sus estructuras de mando habían desaparecido. Por poco que sirviese para algo, Kulba era leal al Grupo Memnos, que desde hacía mucho tiempo había sido leal al mando sectorial en Loeb, que, antaño, había estado supeditada a la autoridad de la prefectura terrana de Phoedes. Sin embargo, desde hacía dos años terranos, Loeb había sido integrado al creciente número de mundos tributo dominados por la III Legión. Kulba suponía que, entre ellos, en esos momentos su lealtad era para con la autoridad suprema del señor de la guerra, pero, en realidad, apenas importaba de dónde recibía las órdenes. Se ganaba la vida, los cilindros con comida seguían llegando, las naves

habían sido reparadas y todo estaba bajo control. El peligro seguía ahí, pero eso también había sido así en el pasado. La distancia entre ella y sus superiores siempre había sido muy grande, y los objetivos de la capitana eran poco claros. Hacía lo que hacía, los días pasaban y otras mentes trazaban el progreso del sueño imperial.

Pero su odio por el vacío no había cambiado. Nunca nada conseguiría eliminarlo de su ser.

—Dices que han contactado con nosotros —dijo Kulba y sacó una placa de datos de su túnica llena de mugre.

—No viene de los nuestros —contestó Alobus mientras se rascaba una de las mejillas—. Nos han avisado, es de fuera de la flota.

—¿Quién?

—El *Soberano*. Una nave de la legión.

—¿La identificas?

—No. Todavía está llegando.

Llegaron hasta la plataforma de observación. Sobre ellos, una cúpula de cristalflex se abrió, surcada de metal y con rastros de la suciedad del vacío con eones de antigüedad. Kulba respiró hondo y alzó la mirada.

Allí fuera se podía observar a la mitad de su convoy, mientras todas esas naves flotaban por encima del *Terce Falion* en una inmensa procesión. Ladeados y con los morros prominentes, los grandes transportes se extendían por la oscuridad, con los propulsores a baja potencia. Cada nave medía cincuenta kilómetros de largo, aunque gran parte de su tamaño estaba destinado a grandes cantidades de módulos, llenos de hileras de contenedores enganchados. Ni un solo miembro humano de la tripulación viajaba en esos lugares cavernosos, pues las únicas secciones habitadas de las naves eran las diminutas cúpulas que había en la parte delantera del casco, donde se encontraban los puentes del interior. En el resto de los recovecos de cada nave reinaba el silencio; estaban cerrados, asegurados, sellados.

Kulba vio cómo la parte inferior del *Revo Satisa* pasaba por encima de ellos y observó las filas y filas y filas de módulos de almacenaje que avanzaban con una lentitud majestuosa. Delante del carguero estaba el *Hija de Loeb* y, delante de aquel, se encontraba el *Frialdad Estelar*.

—¿Cuánto falta para que rompamos el velo? —preguntó Kulba.

—Tres horas —respondió Cavelli en voz baja.

Kulba no lo miró. No le gustaba el vacío ni tampoco le gustaban los navegantes, le provocaban escalofríos con ese tercer ojo que llevaban oculto, su pálida piel y esa forma de caminar que tenían, arrastrando los

pies. Además, Cavelli olía mal; desde siempre. El hedor era casi imperceptible, indefinible, una feromona o algún otro rastro de la mutación.

—Podríamos efectuar el salto ahora —comentó la capitana.

—Entonces perderíamos un tercio del convoy —respondió Cavelli con una sonrisa de disculpa—. No poseo los colectores de impulsos de nueve de los transportes.

—Y, además, tenemos órdenes que cumplir —recordó Alobus a la capitana—. Órdenes de la mismísima legión.

Kulba escupió un poco de saliva, que voló por encima del pasamanos de la pasarela. Se le había revuelto el estómago por las náuseas que le provocaba el vacío. Las estrellas le lanzaban destellos a través de la burbuja de cristalflex, maliciosas, eternas.

—¿A qué distancia están? —preguntó Kulba, resignada a tener que quedarse esperando en el espacio real. Cuanto antes se adentrase el convoy en el turbulento infierno de la disformidad, antes sabrían cuántos de sus efectivos llegarían de una pieza al estrecho.

Alobus consultó el cronoaugur con cabeza de serpiente que llevaba en el dorso de la mano salpicada de pelos.

—A menos de... Vale, me he equivocado. Me está llegando algo ahora. Se habrán adelantado.

En ese instante, Kulba lo supo. Nunca se adelantaban: la III Legión se degeneraba con rapidez, pero todavía eran muy insistentes con los detalles, y si habían dado una cronamarca, iban a ceñirse a ella.

—Envía a las naves de patrulla —ordenó; Kulba entrecerró los ojos y escudriñó la oscuridad—. Y, si ven algo en el rango de interceptación, que abran fuego.

Apretó el miniauricular de alerta que llevaba en la palma de la mano y notó que la tenía un poco sudada.

Alobus la miró, indeciso.

—Señora, ¿acaso...?

—Cállate. —Kulba vio las ráfagas de plasma que expulsaban los propulsores cuando las escoltas del convoy rompieron la formación hacia los márgenes con movimientos en espiral y ocuparon sus posiciones en un entramado, listos para disparar. Los lúmenes del puente se iluminaron con el color rojo de batalla y unas balizas aparecieron en las consolas de los cogitadores—. Si quieres hacer algo, comprueba ese mensaje de la legión y reza para que sea preciso.

Los gigantes del vacío no rectificaron su rumbo. Les llevaba horas solo calibrar las naves para un cambio de trayectoria y, si no se modificaba la

trayectoria, seguirían avanzando por el mismo vector hasta que la última supernova de la galaxia se apagase. Su flota de naves de patrulla, unas cincuenta corbetas de subdisformidad y armadas con lanzas de energía, barrió el perímetro del círculo defensivo y regresó a sus posiciones.

Cavelli aspiró y cerró sus ojos naturales. Kulba se volvió hacia él.

—¿Has notado algo?

El navegante esbozó otra de esas detestables sonrisas torcidas, pero no abrió los ojos.

—Ya estoy mayor. La verdad, me siento afortunado de haber llegado tan lejos contigo.

Mientras hablaba, las consolas de cada uno de los cogitadores del puente se apagaron de forma repentina. Los sigilos de navegación por el vacío parpadearon y se apagaron, y los lúmenes empezaron a titilar y sisear.

—¡Encendedlos! —gritó Kulba mientras se volvía hacia el alboroto que su tripulación había montado en los fosos.

Mientras ellos se afanaban por restaurar el orden, el silencioso destello del fuego láser explotó en el exterior, en el vacío.

Las consolas se encendieron. Al principio, pasaron por las pantallas tres líneas con palabras escritas en gótico vulgar, en un tamaño lo bastante grande como para que Kulba pudiese leerlo incluso de lejos.

HABÉIS ROTO EL JURAMENTO  
AHORA SERÉIS JUZGADOS  
SOMOS EL CASTIGO

Kulba supo que todos y cada uno de los oficiales de cada carguero pesado estaría leyendo esas mismas líneas en esos momentos.

—¡Quedaos en vuestros puestos! —gritó, les dio la espalda a los visores reales y bajó a zancadas por la pasarela—. ¡Detened los colectores! ¡Preparad los ciclos de disformidad para ignición!

Su última orden era un sinsentido; incluso aunque Cavelli hubiese tomado las medidas preliminares, les llevaría demasiado tiempo cargar los motores de disformidad. Pero no podía quedarse callada. Por primera vez en su larga y, sobre todo, aborrecible carrera se sentía completamente perdida.

Kulba avanzó cinco metros por la pasarela antes de que sintiesen el primer impacto. Oyó un fuerte choque que provenía de algún punto elevado de los escudos frontales de la corteza del puente, seguido del chirrido que provoca el metal al romperse.

Entonces, desapareció el texto de las consolas y una imagen lo reemplazó: un rayo estilizado superpuesto a una barra horizontal.

—¿Qué es eso? —preguntó Kulba; se acercó a la pantalla más cercana y la sujetó con ambas manos.

Se oyeron más impactos de la parte superior de la nave y unos destellos plateados surcaron el Oculus. Alobus estaba paralizado sin saber qué hacer, pero Cavelli empezó a reírse entre dientes.

Kulba arrancó la pantalla de su lugar y se volvió hasta quedar frente al navegante y le lanzó la imagen.

—¿Qué es esto? Lo sabes, ¿no?

Cavelli asintió.

—Y si te hubieses aprendido los colores distintivos de las legiones de la humanidad, hermana, tú también lo sabrías. Pero ¿qué importa? Una sola de las Veinte Visiones del Cartógrafo nos sería más que suficiente.

Kulba tiró la pantalla al suelo y cogió a Cavelli por las vestiduras. Bajo el lujoso terciopelo de sus ropas, el viejo cuerpo del navegante parecía un saco de huesos.

—¿Qué significa? —siseó Kulba.

Cavelli abrió los ojos mortales y la miró fijamente, sin una pizca de miedo o esperanza en ellos.

—No hay nada hecho por el hombre que se mueva más rápido —murmuró, perdido en algo similar al temor—. Son magníficos. Pero deja que te diga una cosa más de ellos, pues será lo último que aprenderás en tu vida.

El navegante se acercó a ella y su aliento, con un leve aroma a ajo, le dio de lleno en la cara a la capitana del carguero.

—Todavía se están riendo.